

Los hermanos Wagner,
entre ciencia, mito y poesía

UNIVERSIDAD NACIONAL DE QUILMES

Rector
Gustavo Eduardo Lugones

Vicerrector
Mario E. Lozano

Ana Teresa Martínez / Constanza Taboada / Alejandro Auat

Los hermanos Wagner, entre ciencia, mito y poesía

Arqueología, campo arqueológico nacional y construcción
de identidad en Santiago del Estero, 1920-1940



Universidad
Nacional
de Quilmes
Editorial

Bernal, 2011

Intersecciones

Colección dirigida por Carlos Altamirano

Martínez, Ana Teresa

Los hermanos Wagner: entre ciencia, mito y poesía :
arqueología, campo arqueológico nacional y construcción de
identidad en Santiago del Estero, 1920-1940 / Ana Teresa
Martínez ; Constanza Taboada ; Alejandro Auat. - 1a ed. - Bernal :
Universidad Nacional de Quilmes, 2011.

472 p. : il. ; 20x14 cm. - (Intersecciones / Carlos Altamirano)

ISBN 978-987-558-220-0

1. Arqueología Argentina. 2. Antropología. I. Taboada,
Constanza II. Auat, Alejandro III. Título
CDD 930.1

© Ana Teresa Martínez, Constanza Taboada y Luis Alejandro Auat. 2011

© Universidad Nacional de Quilmes. 2011

Universidad Nacional de Quilmes

Roque Sáenz Peña 352

(B1876BXD) Bernal

Buenos Aires

<http://www.unq.edu.ar>

editorial@unq.edu.ar

ISBN: 978-987-558-220-0

Queda hecho el depósito que marca la ley 11.723

Índice

Nota a la presente edición	9
Prefacio	13
Introducción.	
Entre las creencias de la ciencia y la ciencia de las creencias	19
Ana Teresa Martínez	
<i>Primera parte. Santiago del Estero en las décadas de 1920 y 1930</i>	
I. ¿Un campo intelectual en Santiago?	29
Ana Teresa Martínez	
<i>Segunda parte. Los hermanos Emilio y Duncan Wagner</i>	
II. Exploradores del Nuevo Mundo y misioneros de la cultura ...	127
Ana Teresa Martínez	
III. Una lectura contemporánea del trabajo arqueológico de Emilio y Duncan Wagner.	161
Constanza Taboada	
IV. El sabio naturalista y la intuición artística.	215
Ana Teresa Martínez	
V. Entre las divagaciones y los aciertos.	235
Constanza Taboada	

<i>Tercera parte. Conflictos arqueológicos y conflictos entre arqueólogos</i>	
VI. Génesis y desarrollo del discurso oficial arqueológico	251
Ana Teresa Martínez y Constanza Taboada	
VII. Conceptos teóricos que obstaculizaban la mirada	319
Ana Teresa Martínez y Constanza Taboada	
 <i>Cuarta parte. La civilización chaco-santiagoña y los discursos identitarios en Santiago</i>	
VIII. Una “civilización” sin indios o la sublimación mítica del pasado.	367
Ana Teresa Martínez y Constanza Taboada	
IX. Santiagueños... ¿hasta dónde y desde cuándo?	389
Alejandro Auat	
 Conclusiones. Una “civilización” prehistórica para Santiago	
Ana Teresa Martínez	
 Bibliografía	
449	

Nota a la presente edición

La primera edición de *Los hermanos Wagner, entre ciencia, mito y poesía* apareció en 2003, publicada por la Universidad Católica de Santiago del Estero. Durante los años transcurridos desde aquel momento, cada uno de los autores –a veces por separado, en ocasiones conjuntamente– continuó profundizando líneas de investigación que estaban de diversos modos ya en este texto: investigaciones en arqueología santiagueña sobre temas apenas alcanzados a tratar en este libro y sobre otros que se abrieron a partir de esta investigación; propuestas sobre modos, procesos y mecanismos de interacción prehispánica entre habitantes de la llanura santiagueña y el pedemonte y valles catamarqueños; exploraciones de historia de la arqueología de Santiago sobre algunos personajes ya presentes en los hechos que narra este texto; estudios sobre la continuidad del grupo “La Brasa” en los años que siguieron a esta historia y sobre las reflexiones de Bernardo Canal Feijóo acerca de la identidad y destino de Santiago y del país; investigaciones sobre la cultura política en Santiago y en particular sobre sus procesos en la década de 1940; trabajos sobre los usos de la teoría sociológica bourdiana que estaba en juego en el texto. De estos trabajos posteriores hay algunos publicados, otros en prensa y una buena parte en preparación.¹

¹ Solo aludiremos aquí a una publicación conjunta que retoma ideas centrales de este libro: “The Wagner brothers: french archaeologists and original myths in early twentieth century Argentina” de Martínez, Ana Teresa, Constanza Taboada y Alejandro Auat,

Esta continuidad diversificada se relaciona con la multiplicidad de disciplinas y líneas de investigación que convergieron en este libro, así como en los intereses previos y los que se abrieron a partir de aquí para cada uno de los autores. A pesar de lo limitada en número de ejemplares que fue la primera edición y de las dificultades que tuvimos para hacerlo circular, el libro produjo, tanto localmente como fuera de Santiago del Estero, una reacción interesante, que seguía abriendo nuestro deseo de entender. Acogido con sorpresa por algunos, y con cierto disgusto escandalizado por unos pocos, fue recibido muy positivamente y hasta con entusiasmo en los ámbitos académicos, especialmente de los que se dedican a la historia de la arqueología y a la historia intelectual en Argentina.

Esta nueva edición se realiza con modificaciones mínimas, fundamentalmente correcciones de redacción y aquellas que tienen que ver con las pautas editoriales de la Universidad Nacional de Quilmes. Una revisión integral del texto hubiera requerido varias operaciones que no podríamos hacer, dado que cada uno de los autores está dedicado a tareas diversas en sus respectivos proyectos actuales. Confiamos, sin embargo, en que el libro sigue teniendo actualidad y continúa aportando a una historia, aún en buena medida por explorar, de los múltiples movimientos intelectuales desarrollados en las regiones de Argentina a lo largo del siglo xx. Difícilmente comprenderemos los procesos que llamamos nacionales mientras no podamos integrar las relaciones en que se han tejido sus diversos retazos y mientras no hagamos el esfuerzo de comprender sus significados desde perspectivas cruzadas, no solo disciplinares, sino de los contextos regionales. El peso de estas razones nos anima a correr el riesgo de reeditar el mismo libro, volviéndonos a responsabilizar de nuestras palabras.

Agradecemos a la Universidad Católica de Santiago del Estero por la primera edición de esta obra, y a la Universidad Nacional de

en Schlanger, Nathan y Jarl Nordbladh, *Archives, Ancestors, Practices. Archaeology in the Light of its History*, Nueva York, Oxford, 2008, cap. 20, pp. 261-271.

Quilmes por su interés en esta nueva edición, a Carlos Altamirano que lo consideró adecuado para la colección que dirige, y a Rafael Centeno que asesoró pacientemente el trabajo de adaptación del texto a las nuevas normas editoriales.

También queremos agradecer especialmente a nuestros lectores, los especializados y los que no lo son, que con sus comentarios favorables y su aliento nos impulsaron a volver a poner en circulación este texto.

La Plata, 23 de diciembre de 2010.

Prefacio

Pocas cosas tan arbitrarias como el punto final de los libros. Arbitrariedad pocas veces tan sentida como en este caso. La investigación hubiera podido seguir varios años más, el libro podría haber tenido formas y desarrollos muy diferentes, e incluso ser tres libros, desde disciplinas diferentes. Sin embargo, como muchas otras empresas colectivas que se ignoran, los libros tienen que tener punto final y autores que se hacen responsables de lo que allí se dice. Por eso nos importa aclarar que las autorías señaladas en los diversos capítulos, si bien implican la asunción de responsabilidades particulares por parte de cada uno de los miembros del equipo que los redactaron, no deben ocultar ni la responsabilidad común de los tres investigadores sobre el conjunto del texto, ni –sobre todo– las enormes deudas intelectuales que lo atraviesan en conjunto, forjadas en un intenso trabajo de intercambio, construcción en común del objeto, lecturas comentadas y compartidas, y críticas y aprendizajes mutuos. En realidad, el resultado de ese intercambio es un texto que no carece de líneas de razonamiento cruzadas, de perspectivas abiertas para ser retomadas en nuevos trabajos, de retos a la reflexión de otros investigadores que se interesen por estos temas. La complejidad y cierto estado de fragmentariedad del texto hacen que sea posible no solo una lectura lineal que comienza por la primera parte y termina por la cuarta, sino que –sin dejar de tener el libro una unidad– cada una de las partes es susceptible de una lectura relativamente autónoma, guiada por los intereses y la formación del lector. Hemos tratado

de llevar a notas al pie todo aspecto técnico que pueda quitar fluidez al acercamiento no especializado, aunque en muchos casos estas explicaciones, especialmente arqueológicas, se han hecho inevitables en el cuerpo del texto.

Son muchas también las deudas intelectuales que hemos tratado de reconocer mediante las respectivas citas, siendo involuntaria cualquier omisión de fuentes que se hubiera podido deslizar. Las opiniones finales vertidas en este libro son, por supuesto, de nuestra absoluta responsabilidad.

No queremos dejar de agradecer a quienes nos alentaron, apoyaron y ayudaron durante estos tres años, aunque nos sea imposible mencionar aquí a cada una de las personas e instituciones que lo hicieron. No podemos omitir, sin embargo, a la Universidad Católica de Santiago del Estero, que financió íntegramente la investigación, y a Liliana Badaloni, decana de la Facultad de Ciencias de la Educación, quien creyó desde el comienzo en nuestro trabajo, así como a la vicedecana, Josefina Fantoni, quien se empeñó en hacer posible la publicación en un momento de especiales dificultades económicas. Agradecemos también a Jorgelina García Azcárate, por haber sido decisiva en la conformación de este equipo de investigación; a Alberto Tasso, por leer borradores, hacer sugerencias, y habernos facilitado el texto –aún sin defender– de su tesis de doctorado; a Sonia Ibarra, por compartir con nosotros sus investigaciones sobre la élite santiagueña de fines del siglo XIX; a Teresita Bernasconi, por sus aportes al manuscrito y por el cariño con que lo hizo; a Ernesto Boholasvsky, Víctor Falcón Hayta, Mario Caria, Martín Orgaz, Daniel Guzmán y Hebe Pelosi, quienes leyeron y contribuyeron a textos preliminares de historia santiagueña y de arqueología; a Roberto Gayraud, por sus valiosas apreciaciones a un texto preliminar desde la perspectiva de un lector “culto, no especialista”; a Carlos Angiorama, quien leyó, releyó, y sufrió mil divagaciones aportándonos objetividad desde fuera del problema, y entusiasmo desde dentro.

Agradecemos a Alberto Rex González, quien nos escuchó y respondió amable y entusiasmado en cada minuto libre de algún congreso y

en una entrevista que nos concedió en su casa, aportando anécdotas y reflexiones que enriquecieron, confirmaron o abrieron nuevos interrogantes en nuestra investigación; a Ana María Lorandi, por haberse dado un tiempo para nuestras consultas; a Patricia Arenas, con quien comentamos, compartimos o disentimos apreciaciones sobre el apasionante mundo de Emilio y Duncan; a Patricia Cuenya, de quien requerimos y recibimos apoyo para tratar de comprender el problema de los “túmulos” santiagueños; a Ximena Senatore y Andrés Zarankin, por analizar desinteresadamente las lozas y vidrios recolectados en Mistol Paso; a Rodrigo Montani por habernos enviado generosamente la copia de un documento inédito recabado para su propio trabajo. A muchas personas más, imposibles de enumerar aquí porque la memoria traiciona, con las que intercambiamos ideas en presentaciones públicas o “en charlas de pasillos”, que aportaron y alentaron nuestro trabajo. A Axel Nielsen por apoyar este proyecto.

A Cintia Rojas, Gabriela Morgade de Martínez, María del Rosario Amarilla, Gabriela Zengarini, Daniel Loarte, Guillermo Juárez, Nicolás Renevey, Hebe Pelosi, Oscar Soria, Alejandra Korstanje, Josefina Angiorama, quienes desde Buenos Aires, La Plata, Lima, Friburgo, Berkeley, París y San Pablo nos ayudaron desinteresadamente y por pura amistad, localizando, fotocopiando o transcribiendo textos, proporcionando o confirmando datos; a Marta Zavaleta, que nos facilitó incondicionalmente su ejemplar de *La civilización chaco-santiagueña y sus vinculaciones con el Viejo y el Nuevo Mundo* para que lo trabajáramos. A Teresa Unzaga y Carolina Malanca, siempre atentas y disponibles a nuestras búsquedas en los archivos de *El Liberal*; a la entonces directora del Museo Arqueológico de Santiago del Estero, profesora Claudia Vera de Perea y a su personal, por colaborar en nuestra búsqueda; a Sofía Ruiz Huidobro y Miguel Ángel Pérez, por haber buscado en la Biblioteca del Instituto de Arqueología de Tucumán nuestros más extravagantes pedidos.

Al señor Hons, a Segundo Ledesma y a Silverio Carrizo, por haber compartido con nosotros sus recuerdos personales junto a los hermanos

Wagner y por habernos facilitado un precioso material en Icaño. A José Togo, quien acompañó en aquel viaje a Mistol Paso y nos entusiasmó a avanzar investigando sobre Santiago del Estero. A Alfredo Caminos, Carlos Mendoza y Daniela Díaz, del Instituto Gráfico Audiovisual de la UCSE, quienes registraron entrevistas, viajes y otros materiales; a Roberto Delgado, por habernos facilitado el valioso material periodístico de la época, además de su visión personal de los protagonistas. A Amalia Gramajo de Martínez Moreno y Hugo Martínez Moreno, con quienes sostuvimos interesantes entrevistas, reflexiones y comunicaciones que alentaron y aportaron a nuestra investigación. A Haydée Wagner de Costas, quien con tanta amabilidad nos atendió en su casa cada vez que lo requerimos, respondió nuestras preguntas y nos dio acceso a la preciosa documentación que atesora sobre su familia y su padre, don Emilio.

A nuestras familias, que, generosas, entusiasmadas e incondicionales nos recibieron en sus respectivas casas para aquellas interminables reuniones de trabajo. A tantos santiagueños que nos contaron sus recuerdos. Gracias a todos.

Santiago del Estero, marzo de 2002.

Mucho antes del descubrimiento se conocían piezas de la región, ante las que los arqueólogos quedaban desconcertados, pues no encajaban en ninguno de los tipos arqueológicos conocidos de ellos. El mismo descubridor, E. R. Wagner, tenía hasta entonces remitidas al Museo del Trocadero alrededor de 3.000 piezas inidentificables. En la vieja generación de los buenos arqueólogos nacionales, alguno cayó naturalmente en la sospecha de que estas piezas vacantes pertenecieran a alguna civilización todavía ignorada. Pero el acierto intuitivo desfallecía entre prejuicios teóricos y dificultades materiales de comprobación, y para los nuevos arqueólogos constituía casi un artículo de fe la imposibilidad de semejante hipótesis.

Ninguna vía oficial podía haber conducido al descubrimiento. Se necesitaba una gran casualidad que obviase la desorganización de nuestra ciencia arqueológica y la indispensable ausencia de recursos para empresas de esta índole. (¡Cuánto debe a la casualidad el progreso espiritual del país!)

Un carrero de obraje encuentra en una andanza por los caminos del chaco santiaguense un pequeño objeto de barro cocido. Oblongo, hueco, ovoide, con varios agujeros en las paredes. Sopla por ellos, casualmente –o inducido por algún remoto impulso atávico–, y se despavoriza un melancólico silbido, que tiene algo de “pito de vigilante”. Es una ocarina. Pues se trata de un instrumento desacostumbrado en la región, alguien desea saber algo a su respecto. Se recurre a Wagner, director del Museo Arqueológico local, quien dictamina que siendo aquella una región rica en yacimientos arqueológicos podría tratarse de un objeto de esta especie. Sugiere la conveniencia de hacer una exploración científica de la zona, y el gobierno provincial acoge la idea confiando al mismo Wagner la empresa. La campaña se lleva en forma excesivamente precaria pues apenas puede disponerse de algunos centenares de pesos. Pero al cabo de tres meses resulta tan proficua que ya puede establecerse que se está en presencia de una cosa nueva y definida. Y ya estaba hecho el descubrimiento arqueológico más importante de los últimos cincuenta años, según impresión ahora general! (El descubrimiento, dícese, que va a cambiar las perspectivas de la arqueología americana.)

BERNARDO CANAL FEIJÓO, “El gran descubrimiento”, *Ñan. Revista de Santiago*, N° 1, Santiago del Estero, 1932.

Introducción
Entre las creencias de la ciencia
y la ciencia de las creencias
Ana Teresa Martínez

Este libro –y la investigación que le dio origen– surge de la constatación de un doble discurso o, más bien, de la superposición conflictiva de un discurso científico convertido en creencia profesional y una creencia social, a medias expresada, que no acordaba con el discurso científico. Por un lado, estaba el discurso explícito y autorizado de la ciencia arqueológica nacional de fines de la década de 1930, que, en una reunión de la Sociedad Argentina de Antropología, prácticamente expulsó a los hermanos Wagner y su obra del mundo de la arqueología considerada legítima. Esa ilegitimidad, convertida en creencia profesional, es lo esencial del discurso que pasó a los manuales de historia de la arqueología, y que hasta hoy estudian los aprendices de arqueólogo en sus etapas de formación. Pero, por otro lado, en el espacio local de Santiago del Estero, se continuaba cultivando la creencia más o menos implícita que celebra a los Wagner como a grandes arqueólogos, fundadores de la arqueología de la provincia, sin casi mencionar el conflicto que en su momento estalló en el campo científico, invalidando su obra a los ojos de los sabios contemporáneos. Esta creencia se alimentaba algunas veces con la proclamación del discurso celebratorio y la resignificación del conflicto desde las oposiciones interior *versus* Buenos Aires (discurso iniciado por Canal Feijóo en 1932: los arqueólogos de Buenos Aires no habrían logrado aceptar que de Santiago pudiera salir algo bueno), o trabajo de campo *versus* cómodo trabajo de gabinete (esos mismos arqueólogos habrían sido cómodos eruditos

de gabinete, incapaces de soportar el duro trabajo de campo que sostuvieron los Wagner). Otras veces, la creencia parecía sostenerse simplemente sobre el silencio, la selección cuidadosa de la palabra alusiva, en el temor de despertar tormentas dormidas atacando un mito fundador. Es decir, apenas iniciado el trabajo, descubrimos que el tema Wagner era un tema difícil de abordar en Santiago del Estero: el espacio estaba lleno de temores, palabras a medias, versiones falsas, intenciones difíciles de medir, creencias poco dispuestas a la reflexión, criterios de autoridad.

Fuimos comprendiendo paulatinamente que estos discursos opuestos no debían ser tratados como discursos contradictorios, sino incongruentes. Simplemente, había que comprenderlos desde diferentes perspectivas: uno se movía en el nivel de la palabra con pretensión de univocidad, de coherencia lógica estricta y de verificabilidad empírica reglada, aunque no siempre era consecuente en los hechos con esta pretensión; el otro, en el espacio analógico de la creencia, el sentido común, la lógica polivalente del discurso cotidiano y el lenguaje natural. Lo que hacía que se mezclaran y confundieran, es que desde allí, el discurso del sentido común hacía afirmaciones sobre el discurso de la ciencia, mientras que en el campo científico, por poco que se entraba en tema, se descubría que las creencias profesionales no eran tan claras y fundadas como parecían. Precisamente por esto, ambos discursos requerían explicación, esclarecimiento, un buceo lo más profundo posible en las capas de su elaboración, en sus condiciones sociales e históricas de posibilidad, donde ambas actitudes discursivas se entrecruzaban por momentos hasta hacerse irreconocibles: discurso de pretensión científica y creencias del sentido común se mezclaban y confundían a cada paso, del lado de la ciencia, y del lado del sentido común socialmente construido. Si, habitualmente, ciencia y sentido común no existen en estado puro y separado, la promiscuidad discursiva de este caso invitaba a releer la historia social de este descubrimiento científico siguiendo la pista de sus encuentros y desencuentros, sus entrecruzamientos y disyunciones en el interior mismo del espacio social del Santiago de las décadas de 1920 y 1930.

Emilio y Duncan Wagner son indudablemente figuras próceres de Santiago del Estero. El Museo Arqueológico local lleva sus nombres, al igual que una calle de la ciudad, y una escuela de la provincia. El monumental libro de los hermanos actúa como simbólica carta de presentación visual de la provincia en salas de recibo y despachos oficiales. Como dice Canal Feijóo: “En Emilio Wagner, Santiago conoció por primera vez al sabio” y, en este sentido, estos franceses singulares –y de un modo especial don Emilio– forman parte de la galería de sus héroes fundadores. No tiene demasiada importancia para esta función simbólica saber cuánta era exactamente su sabiduría. Habitualmente, las creencias sociales están hechas más de gestos, olvidos y silencios que de palabras. Como la mayoría de lo que vive en nuestro sentido común, las creencias son más actuadas que pensadas, se alimentan de lo dado por supuesto, o del ritual que reitera la afirmación de un valor, sin necesidad de preguntarse más. Todas las sociedades necesitan suelos de creencias, vidas ejemplares, modelos que sinteticen valoraciones. Aunque la mayoría de los santiagueños no sepan bien a ciencia cierta de quién se trata, el Museo tiene un nombre que remite a una historia que tuvo que ser memorable. El impresionante libro *La civilización chaco-santiagueña y sus correlaciones con el Viejo y Nuevo Mundo*,¹ con sus bellísimas ilustraciones de magnífica cerámica indígena, dice, por su sola presencia y su formato, que hubo una *civilización* indígena imponente en Santiago. Y el supuesto es que somos alguien juntos porque tenemos juntos algo que podríamos contar, y que nos da valor. Somos los que somos porque alguien fue haciendo historia aquí antes que nosotros y esa historia nos da sentido. Por estas razones, el trabajo desencantador, develador,

¹ Se trata de un volumen de gran tamaño (4 por 30 por 40 cm) y peso (4 kg). Edición de tapas duras con letras negras, y lomo de cuero *bordeaux* con letras doradas, se presenta dentro de una caja-sobre de cartón cubierto por un papel texturado tornasolado color marrón. Las contratapas son de papel telado rojizo y todas las hojas (550 páginas) de papel laminado. Presenta 154 láminas en color y blanco y negro, y 699 figuras entre fotos, planos y dibujos incluidos en el texto.

disecionador, deconstructivo de las ciencias sociales parece hacer una afrenta a esa necesidad de creer que nos une.

En todas las sociedades, los relatos de orígenes funcionan como sociodiceas, es decir, discursos que –al modo de las teodiceas, que cuentan la génesis de los dioses– relatan cómo se constituyó la sociedad, y por ese medio justifican y critican el orden actual, lo legitiman dándole espesor histórico, y por eso una razón de ser y de ser así, y a la vez muestran su insuficiencia, evidenciando que algo debe cambiar en algún sentido preciso para recuperar la legitimidad de los orígenes. Los próceres son como héroes epónimos, referencias en el pasado que señalan un modo de ser que puede ser proyectado hacia el futuro. Marcel Mauss lo decía con belleza, hablando de los intercambios recíprocos, en apariencia gratuitos pero en realidad obligatorios: “las sociedades se pagan a sí mismas con la falsa moneda de sus sueños”. Así se constituye el esqueleto simbólico de las sociedades: la estructura social, con su orden y sus jerarquías, sus modalidades de construir y recuperar la cohesión, no puede descansar nunca completamente sobre el control y la violencia física, sino que más bien se apoya siempre en buena medida sobre la construcción y reproducción de creencias. Los discursos sobre la identidad (que se definen en la narración de una historia, unos personajes propuestos como paradigmáticos, y con ellos la postulación de unos modos de ser y unas apuestas valorativas) forman parte de estos procesos de trabajo social. Y, por eso, son siempre construcciones (no descripciones objetivas de lo que somos, claro está) cargadas de una proyección de intereses que gravita sobre la lectura del pasado y sobre los deseos de futuro, y pueden entonces apuntar a justificar el orden existente, tanto como a proponer rupturas, nuevos nacimientos, renacimientos a veces conservadores, a veces renovadores.

Los procesos de racionalización científica o la mirada filosófica (cuando es inquisitiva y no meramente celebrativa) cuando se dirigen a las creencias sociales son tarea delicada: siempre producen resistencias. Se puede por eso jugar el irresponsable juego del cinismo y la malicia (pretendiendo estar por encima de toda creencia), o se puede

tratar de un empeño en la difícil tarea de buscar y decir, de reconstruir, de diseccionar documentos, desde la propia conciencia crítica de pertenencia a ese suelo de creencias, a fin de enriquecer y profundizar un saber lúcido de la propia historia, que rompa con la sociodicea celebratoria, y redescubra, en las luces y sombras de la realidad humana pasada, en los intersticios de los discursos, las raíces de algunas cegueras, las razones justificadoras de alguna parálisis oculta. En realidad, nuestra pregunta de fondo no es sobre los hermanos Wagner. En algún sentido, este texto es un largo rodeo, un trabajo de trashumancias disciplinares e históricas para poder reunir elementos, preguntas, hipótesis, referidas a las décadas de 1920 y 1930 en Santiago del Estero, y sorprender, leyendo entre líneas, alguna punta de raíz de los modos de funcionamiento de nuestra sociedad.

Por eso, lo que nos propusimos en esta investigación fue iniciar una tarea de *estratigrafía histórica*, que como tal no se puede agotar en este texto, y que sobre todo no será posible sino como tarea colectiva, como empeño de investigadores que quieran sumarse a continuar esta búsqueda. Partiendo de los discursos que intentan explicar lo que somos en tanto santiagueños, se trata de ensayar la reconstrucción del proceso por el cual se fueron elaborando, legitimando, superponiendo, aceptando o cuestionando, los *estratos* que constituyen esos discursos; las razones por las cuales los discursos se fueron asumiendo o no en los distintos puntos y sectores del espacio social; el entramado de circunstancias, personajes y situaciones que en cada caso necesitó el relato, lo produjo y lo validó. Los descubrimientos arqueológicos de Emilio y Duncan Wagner son, en este sentido, un punto de entrada entre otros posibles a la problemática que nos interesa, pero un punto de entrada que nos pareció y nos parece particularmente fecundo, por las vinculaciones con conflictos múltiples que nos permitió hacer, por las preguntas que nos abrió y los problemas que nos permitió plantear, por las articulaciones que nos facultó a ver, de una época que se revela una y otra vez como un punto de inflexión en la historia de Santiago del Estero.

En este caso iniciamos nuestra reflexión ubicándonos en la sociedad santiagueña durante las tres primeras décadas del siglo xx. La importancia que en su momento cobraron los trabajos de los hermanos Wagner forma parte del proceso de constitución de un campo intelectual que se hace visible particularmente por la actuación de la Asociación Cultural “La Brasa”, de la que participaban Emilio y Duncan Wagner, y que fue impulsada y liderada en esos años por Bernardo Canal Feijóo, quien asumió un fuerte compromiso en relación con los descubrimientos y su divulgación. Una exploración de los procesos de transformación de la sociedad santiagueña de entonces y en particular de sus élites nos permitió comprender mejor el carácter de esta Asociación que, por esos años, más que un movimiento literario de vanguardia, parece haber constituido un grupo heterogéneo de profesionales jóvenes, dedicado al fomento de las diversas manifestaciones de la cultura. Algunos de estos jóvenes, en una intención de ruptura con la sociedad provinciana de los notables, buscaban consolidar un espacio social autónomo donde validar un capital específicamente intelectual, pero esto, sin dejar de responder ellos mismos en buena medida al perfil de *notables*, es decir, de personajes importantes de la ciudad, que no debían tanto la autoridad de su palabra a lo que decían, sino a una mezcla de prestigio social de una familia, posición económica desahogada, vinculaciones con el mundo político, en suma, a la *importancia* de su apellido. Es decir, intentaban fundar lo que ellos aún no eran sino en deseo, y esto instalaba contradicciones en sus discursos y en sus prácticas.

En este espacio así delineado, en un momento en que en la Argentina –como en toda América Latina– la construcción de discursos de identidad aparecía como un problema vital, y en que Santiago parecía descubrir su rol central al respecto, los Wagner acompañan sus excavaciones arqueológicas con una importante tarea de difusión al gran público, apelando ellos también –mezcla de aristócratas desafortunados y aventureros de la ciencia y la industria– para validar su trabajo, a una mezcla de conocimientos científicos, capital de relaciones sociales y prestigio cultural identitario. Con el apoyo muy cercano de Bernardo

Canal Feijóo, no solo contaron con los soportes oportunos por parte del gobierno y población de Santiago del Estero, sino que movilizaron e interesaron por su tarea a legisladores, gobernadores, artistas, intelectuales y aficionados, manteniendo una presencia más o menos continua en el espacio público santiagueño durante más de quince años, y llevándose –a los ojos de muchos de sus contemporáneos– el título de honor de haber puesto a Santiago del Estero “en el mapa del mundo”. Esto implicó, sin embargo, que desplegaran una serie de estrategias de comunicación que no siempre ayudaron a la validación científica de los hallazgos arqueológicos en curso, y que se vinculan de modo directo al rechazo visceral que su trabajo generó en la comunidad científica.

La historia social de los hermanos, hijos de un diplomático francés en ultramar, misioneros de su cultura en una América que debía definirse como latina, alsacianos furiosamente antigermánicos luego de la humillación de 1870, se hacía sentir, además, en un modo de valorar específicamente las operaciones intelectuales: la capacidad creadora e intuitiva de los franceses no se condecía con el disciplinado marcar el paso de la ciencia de los “*herr* profesores”.² Desde estas convicciones, el imponente libro de los Wagner publicado en 1934 quiso ser un exponente claro de aquella intuición creadora de los franceses, que no se sometía a limitaciones de género –que consideraba esterilizantes– y que se dirigía a todos los hombres de espíritu capaces de gustar de las obras de la cultura, más allá de lo que ellos veían como “obcecación de especialistas”. La aplicación en su trabajo de este mito epistemológico, también les costará caro a los hermanos. Los científicos argentinos, empeñados por entonces en construir una ciencia y en diferenciarla de otros tipos de discursos, no se los perdonaron. Más allá de las vinculaciones internacionales con el mundo intelectual francés y los intercambios epistolares con científicos de otros países centrales, el trabajo de los Wagner fue muy mal recibido por una buena parte de

² Carta de Duncan a Emilio Wagner, 13 de septiembre de 1933 (archivo personal de Haydée Wagner).

los hombres de ciencia del orden nacional. En 1939, como ya señalamos, una reunión de la Sociedad Argentina de Antropología acabó por expulsar virtualmente su obra del mundo científicamente reconocido. Sin embargo, más allá de las interpretaciones fantásticas que desplegaron, mirado en el contexto de las prácticas arqueológicas de la época, el trabajo de los Wagner deja un saldo positivo para la ciencia, con aportes reales que pueden considerarse de largo plazo, pero que no fueron debidamente apreciados en su momento. Para comprender este hecho contradictorio, emprendimos un análisis del campo arqueológico en tanto espacio social productor de ciencia en la Argentina de 1920-1930, y encontramos algunas pistas de interpretación que esclarecen las dinámicas internas que pudieron incidir en aquella reunión.

Finalmente, regresamos a los textos de los intelectuales santiagueños de la época, en particular de Bernardo Canal Feijóo, en busca de la comprensión que estos pudieron tener de la obra de los Wagner y del peso que esta especie de *cruzada arqueológica* en el Santiago del Estero de los años 1920 y 1930 pudo adquirir en la construcción de los discursos de identidad que, en una provincia que presenciaba el fracaso de sus proyectos de desarrollo económico y que estaba en vías de empobrecimiento creciente, desplegaron los intelectuales de entonces, que parecían haber descubierto el papel que tocaba a Santiago en el contexto identitariamente deslucido del país, a causa de la inmigración masiva procedente de ultramar.

El conjunto de los análisis emprendidos nos permitieron percibir que, más allá de las limitaciones de su trabajo científico, el legado principal que los hermanos Wagner dejaron a los santiagueños cala hondo en su historia y en su inconsciente, porque aportaron una justificación de la existencia, de esas que permiten a los grupos humanos resistir en tiempos adversos, y pararse frente a la posibilidad –siempre ambigua– de celebrar el pasado y de construir el futuro.